

El intelectual en la divulgación del conocimiento y redes sociales

Samuel Hernández Apodaca

Doctor en Derecho. CEO de @PaideiaMx, director de la Revista @QuaestionisMx. Miembro de Red de Investigadores Parlamentarios de la Cámara de Diputados de México (REDIPAL). Académico del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades de la UNIVA-Guadalajara, Jalisco, México.

Correo electrónico: samuel.hernandez@univa.mx

*El conocimiento es entendimiento, inteligencia; tener noción, saber algo.
Lo que de suyo lo vuelve imprescindible en la vida misma.
Y cuando este se posee, se adquiere la responsabilidad de socializarlo,
de darlo a conocer para proporcionar esos componentes a otros
para la toma de decisiones.
(Cabrera, 2016, p. 12)*

Resumen

El reto en México y América Latina no es sencillo, pues acabar con un modelo educativo anquilosado y que educó para callar y replicar no es tarea sencilla. Por eso, en la construcción del conocimiento la realidad juega un papel fundamental pues si el pensamiento es simple, la realidad va a ser simple; si el pensamiento es complejo, entonces la realidad va a ser compleja.

La sociedad del conocimiento actual implica desarrollar un pensamiento crítico en los educandos de tal forma que puedan cambiar y transformar la sociedad en la que viven y hacerla más incluyente para todos. Porque no solo es necesario el conocimiento en sí mismo, sino que debe ser útil para los demás, y para una sociedad necesitada de comprender y dimensionar su entorno local o nacional, su vida misma; en esto las redes sociales juegan un papel importante.

Palabras clave: divulgación, conocimiento, pensamiento crítico, redes sociales.

Abstract

The challenge in Mexico and Latin America is not easy, since ending a stagnant educational model that was educated to silence and replicate is not an easy task. For this reason, in the construction

of knowledge, reality plays a fundamental role because if thought is simple, reality will be simple; if thought is complex, then reality is going to be complex.

The current knowledge society involves developing critical thinking in students, in such a way that they can change and transform the society in which they live and make it more inclusive for everyone. Because knowledge is not only necessary in itself, but also it must be useful for others, and for a society in need of understanding and dimensioning its local or national environment, its life itself; here is where social networks play an important role.

Key words: *disclosure, knowledge, critical thinking, social networks.*

1. Preámbulo

Cuando se elabora una investigación, se produce conocimiento. Pero, aunque este conocimiento puede estar al alcance de todos, solo algunos están dispuestos a adquirirlo. Esto ocurre porque se prefiere información básica, de fácil acceso y digerible, y solo pocos asimilan ese conocimiento o se atreven a generarlo.

Y es que, desde el aula, se dota de grandes cantidades de información, y en ocasiones, como señala Bárbara Cabrera, se omite generar pensamiento crítico-analítico-reflexivo que conduzca, precisamente, a esa producción de conocimiento (Cabrera, 2016, p. 14).

Para el modelo educativo, es más fácil dotar de información porque esta no requiere de análisis crítico, de transversalidad, de contextualización y responsabilidad al momento de comunicarla. La información así de simple no funciona de mucho si no la transmitimos y la retroalimentamos, pues solo así se obtiene una visión más completa de nuestra realidad.

En este contexto, debemos entender al conocimiento como un: «conjunto de representaciones entretajadas basadas en información, con análisis, síntesis, interpretación y argumentación, de un determinado contexto, con significación y consciencia de sus interrelaciones» (Larrea Abasolo, 2012, p. 35).

Por su parte, Tobón plantea que «... el saber es tener un conjunto amplio de conocimientos y aplicarlos en actividades y problemas teniendo en cuenta sus implicaciones desde el compromiso ético» (Tobón, 2005, p. 89).

En este sentido, debes tener presente que la información y su gestión o búsqueda se basa en encontrar y administrar datos de la realidad que pueden ser adquiridos de diferentes fuentes, mientras que, en el caso de la gestión del conocimiento, aparece el sentido crítico de la realidad social, ya que es necesario contextualizar lo que ocurre en la sociedad y el sentido en que puede servir este conocimiento a la sociedad actual.

Ahora bien, cuando se elabora lo que Cabrera Pantoja, Jongitud Zamora y Hernández Apodaca (2015) proponen como conocimiento en *Construyendo Investigaciones*, no solo logramos bienestar personal, sino que lo transmitimos en bienestar social. De ahí que sea necesario tener claridad cuando se hace referencia a la gestión de la información o a la gestión del conocimiento, pues no son sinónimos.

En ese sentido, Larrea afirma que la gestión del conocimiento es un proceso complejo por las siguientes razones:

1. El conocimiento está en continua evolución y cambio por el aumento continuo de la información, acorde con el desarrollo de las diversas disciplinas y ciencias, y la evolución de las denominadas con el acrónimo TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación).
2. El proceso de búsqueda, construcción, significación y aplicación del conocimiento requiere comprender, detectar y abordar la incertidumbre de forma estratégica, con flexibilidad.
3. Se requiere del análisis inter- y transdisciplinario para comprender todo conocimiento, y la forma como este se imbrica en el contexto de las personas, de la sociedad y del entorno en general, tanto en el plano presente como en el plano prospectivo a largo plazo.
4. Por último, la complejidad de la gestión del conocimiento se ve reflejada en el hecho de buscar, construir, significar y aplicar el conocimiento en torno a una determinada realidad; donde siguiendo la visión de Morín (1995), es en sí encontrarse el ser humano consigo mismo, pues es a este a quien descubre y con quien cuenta. (Larrea Abasolo, 2012, p. 89)

Lo anterior permite dimensionar que, para gestionar el conocimiento, se requiere que las personas desarrollen un modo de pensar complejo; de ahí la idea de «generar el pensamiento crítico-analítico-reflexivo desde el aula» (2015) y acabar con la educación tradicional, que se ha concentrado en la formación de un pensamiento simple, suministrado de forma vertical, acrítico y por recetas.

El pensamiento acrítico no funciona pues no genera futuros generadores de conocimiento; ese pensamiento confunde *información* con *conocimiento* y, finalmente, con *saber*. Ese pensamiento piensa que es mala la crítica en sí misma.

El reto en México y América Latina no es sencillo, ya que acabar con un modelo educativo anquilosado y que educó para callar y replicar no es tarea fácil. Por eso, en la construcción del conocimiento, la realidad juega un papel fundamental, pues, si el pensamiento es simple, la realidad va a ser simple; si el pensamiento es complejo, entonces la realidad va a ser compleja.

Es decir, si haces un análisis superfluo de la realidad únicamente a partir de información obtenida de un solo canal (la *mass media*) y no se confronta con otras fuentes de información, estarás cayendo en el supuesto que referimos: el pensamiento acrítico.

El reto de la sociedad del conocimiento actual es desarrollar un pensamiento crítico en los educandos, de tal forma que puedan cambiar y transformar la sociedad en la que viven y hacerla más incluyente para todos. Porque no solo es necesario el conocimiento en sí mismo, sino que debe ser útil para los demás, y para una sociedad necesitada de comprender y dimensionar su entorno local o nacional, su vida misma.

2. Los académicos como intelectuales

Podemos decir que, en el espacio de la universidad, existen, por esencial naturalidad, mujeres y hombres que, dada su formación y acceso a la cultura, tienen la posibilidad de constituirse en intelectuales.

Basta recordar lo siguiente:

... la actividad intelectual sistematizada y organizada nace con la institucionalización del conocimiento a través de las universidades —que se expanden al terminar la Edad Media— y con el surgimiento del Renacimiento. Pero es hasta el siglo pasado cuando el término empieza a utilizarse para designar a cualquier persona dedicada a los trabajos no manuales, entre las que caen muchos profesionales, o dedicados a la enseñanza o simplemente a meditar... (Careaga, 1980, p. 10)

No obstante, en ocasiones los académicos olvidan el papel que les corresponde en la sociedad, pues no solo son formadores de nuevas generaciones, sino que deben ser agentes de cambio y de transformación social: su compromiso universitario está en devolver a la sociedad lo que esta les dio vía el espacio de formación.

De ahí que la crítica que hace Bourdieu sea entendible cuando sostiene:

... siendo producidos para la institución escolar y por ella, no tienen más que abandonarse a sus disposiciones para producir indefinidamente las condiciones de la reproducción de la institución, comenzando por la más importante: imponer al mismo tiempo la limitación de las necesidades y de las aspiraciones en materia de cultura y la ignorancia de esos límites. (Bourdieu, 2013, p. 134)

Vale la pena recordar que, por un lado, los hombres de cultura forman parte de un grupo, de una generación o de una clase social, y ello deriva en la asignación de una función propia y un papel específico. Por otro lado, a los intelectuales les corresponde la función múltiple de fomentar, persuadir y disuadir, de aconsejar, convencer, amenazar y aterrorizar, así como hacer reflexionar (Baca Olamendi, 1998).

Esta autora hace una clasificación propiamente academicista de los intelectuales a partir de la conversación con Bobbio, quien aporta nombres (1998):

- 1) El intelectual puro o apolítico: Benda, Rolland, Weber y Croce.
- 2) El intelectual educador: Mannheim y Ortega y Gasset.
- 3) El intelectual revolucionario: Marx.
- 4) El intelectual militante: Cattaneo.

En un medio tan poco exigente como el nuestro, se llama «intelectual» al ensayista; ya que el académico tiene otra formación y su aparición es más reciente. Lo que se debe tener presente es que una cosa es el intelectual, que elabora ensayos, y otra cosa es el académico. El intelectual es una persona culta; el académico, un estudioso sistemático.

El académico escribe para las masas, para contribuir al desarrollo de una disciplina. El intelectual bien puede defender al sistema o criticarlo. El intelectual es «el que se dedica al estudio y la reflexión crítica sobre la realidad, y comunica sus ideas con la pretensión de influir en ella, alcanzando cierto estatus de autoridad ante la opinión pública» (Baca Olamendi, 1998, p. 57).

La actitud característica del intelectual es la libre discusión crítica en busca del sentido de todo cuanto lo rodea: el símbolo de la vida intelectual es, por tanto, la interrogación. La vida intelectual no solo es pregunta, búsqueda, sino también hallazgo y ordenación de las respuestas, casi siempre provisionales. Es aprendizaje constante, hábito de escuchar y de leer atentamente (Zubuzarreta, 1998).

Es necesario ser consciente de que los académicos, con el grado de conocimiento que adquieren, el acceso a los privilegios e infraestructura, pueden llegar a convertirse en intelectuales y —como señalamos— tienen una responsabilidad social con su entorno.

3. Generadores y divulgadores de conocimiento. Las redes sociales

Según Aristóteles (Ruiz Gómez, 2011, p. 196), todos los seres vivos también tienen la capacidad de sentir (perciben y tienen emociones) el mundo de su entorno y de moverse en la naturaleza. Sin embargo, los seres humanos tienen, además, la capacidad de pensar, razonar, en otras palabras, ordenar sus sensaciones. El ser humano tiene sentimientos, emociones, y la capacidad de moverse como los animales, pero además una capacidad que solamente la tiene la humanidad, y es la de pensar racionalmente. De acuerdo con Descartes (2010), el racionalismo se ve en el pensamiento, en la razón, y esta es la fuente principal del conocimiento humano. Así, un conocimiento solo merece este nombre cuando es lógicamente necesario y universalmente válido.

El debate contemporáneo se refiere a la manera de trabajar y distribuir las ideas que generan los intelectuales, sobre todo apelando a criterios como el prestigio, la influencia dentro de la opinión pública, la conformación de grupos o círculos de intelectuales. El rol de los intelectuales es educativo, normativo, de influencia, ya sea porque su trabajo se concentra en la búsqueda del conocimiento y la verdad, ya sea por la mera transmisión del conocimiento y la cultura que sirve para la toma de decisiones.

La llegada de Internet tuvo consecuencias muy significativas, especialmente en lo que atañe al modo de circulación de ideas. Un artículo escrito para una revista puede multiplicar sus lectores con la publicación en línea, ya que muchos sitios pueden reproducirlo en función del tema, a veces en varios países y en distintos idiomas, incluso sin que el autor se entere. Es un fenómeno bastante frecuente. Este proceso se explica por lo que Hartmut Rosa llama *la aceleración*, típica de nuestro régimen de temporalidad. Los modos y la velocidad de las comunicaciones se transformaron. Antes los intercambios epistolares requerían bastante tiempo. Hoy, con los correos electrónicos, se realizan en tiempo real. Con una tablet, uno puede estar en medio de la nada y acceder a la literatura del mundo entero o consultar en forma gratuita centenares de miles de artículos y libros. En muchos

países, el lector puede acceder libremente a los fondos clásicos de las bibliotecas nacionales (Traverso, 2014).

Sostiene Bárbara Cabrera (2017, p. 38):

... al proceso de divulgación lo defino como la suma de aquellas etapas por las que debe transitar el conocimiento, sea adquirido, gestionado, encontrado o creado para de esta manera contribuir a su extensión, corrección, complementación y debate, para la mejor toma de decisiones en diversos ámbitos de la vida; sea particular o colectiva.

En la actual sociedad del conocimiento, se la ha caracterizado como una sociedad de la velocidad, de la localización, de la comunicación, donde el papel de las redes sociales ha sido relevante para generar y compartir saberes, y así hasta llegar a constituir una realidad virtual que construimos en la red y que, al final, está alejada de la realidad.

Es de vital importancia que el conocimiento creado sea transmitido para que deje de pertenecer en exclusiva a una élite y, con ello, construir un entorno informado que incida en el espectro sociojurídico y político. Retomando los aportes de Cabrera, es posible sostener lo siguiente:

El conocimiento cuando es divulgado y digerido hace permisible que todos, en conjunto, se involucren en los procesos sociales —en cualquiera de sus expresiones—; y una herramienta imprescindible para hacerlo llegar y volverlo de fácil acceso son las TIC; ya que permiten superar desafíos que antaño se tenían: la información en manos de unos cuantos, así como la distancia y obstáculos adyacentes. (Cabrera, 2017, pp. 137-138)

Las redes sociales pueden considerarse para estos efectos herramientas epistemológicas, pertenecientes a la Web 2.0, a partir de las cuales aquellos actores vinculados al mundo del conocimiento interactúan con sus pares, con los interesados en conocer sus opiniones, así como con el público (internautas) en general.

A medida que los diversos productos de los trabajos llevados a cabo con motivo de sus actividades sean conocidos, retroalimentados, continuados y divulgados, así como debatidos, contrastados, refutados o corregidos, habrá mejores posibilidades para que cada cual forme sus propias opiniones y soluciones a múltiples problemáticas (Cabrera, 2018).

Ante ello, la formación en aulas es imprescindible para contribuir a la formación de las capacidades necesarias que generen la destreza de escribir, pero también de divulgar conocimiento a través de las redes sociales, como señala Cabrera, (2019, p. 15): «La alfabetización digital tiene como objetivo aprender a incorporar y utilizar la tecnología, redes sociales y otros servicios que provee Internet para la consecución de este tipo de actividades, esto es, hacerla apropiada y apropiable».

Ahora bien, como profesores que desempeñan ese rol en el aula, ya que estos pueden ser más que simples académicos, pueden jugar el papel de intelectual. Lipset (1987) definió a los intelectuales como aquellos que tienen una educación universitaria y «que crean,

distribuyen y aplican la cultura, es decir, el mundo simbólico del hombre, incluyendo el arte, la ciencia y la religión» (Coser, 1973, p. 9).

Y es ahí donde los intelectuales como generadores de conocimiento juegan un papel fundamental. Dice Careaga que «los intelectuales son personas que cultivan su pensamiento libremente, que tienen una actitud crítica e inconforme frente a la sociedad, porque los intelectuales se ocupan de las ideas, de reminiscencias del pasado, de definiciones del presente y de imágenes de posibles futuros» (1980, p. 20).

Por ello, la necesidad de convertir al docente como un intelectual generador de conocimiento, para que la universidad deje de ser simple transmisora de ciencia, de teorías. Es por ello por lo que León Florido es certero y advierte que la actual democracia de masas trata de extender a toda la humanidad lo que la Ilustración consideró el privilegio de una élite intelectual capaz de realizar el esfuerzo necesario para adquirir el saber liberador. La pereza humana y las dificultades puestas por el poder para la instrucción del pueblo se concitaron para estorbar la extensión de la utopía ilustrada, y la democracia, aún muy formal y limitada, siguió siendo el privilegio de una minoría ilustrada que tenía acceso a la comprensión de los complejos mecanismos del poder democrático. De ahí la pugna —que hoy quizá es más evidente— entre dos modelos de democracia: la democracia ilustrada elitista de los grandes derechos políticos (derecho de reunión, libertad de expresión, separación de poderes, etc.) y la democracia de las masas que piden el acceso a los medios informativos, tecnológicos y de consumo, reservados anteriormente a las clases dirigentes (León, 2014).

Los conocimientos logrados y que pueden servir para adquirir nuevos conocimientos constituyen ese saber, el cual es, por tanto, la posesión o incorporación de conocimientos dispuestos a ser actualizados y continuados.

Sirve la aportación que Baca Olamendi nos recuerda acerca de Bobbio y su elaboración de una tipología de los intelectuales (Baca Olamendi, 1998), la cual clasifica de la manera siguiente:

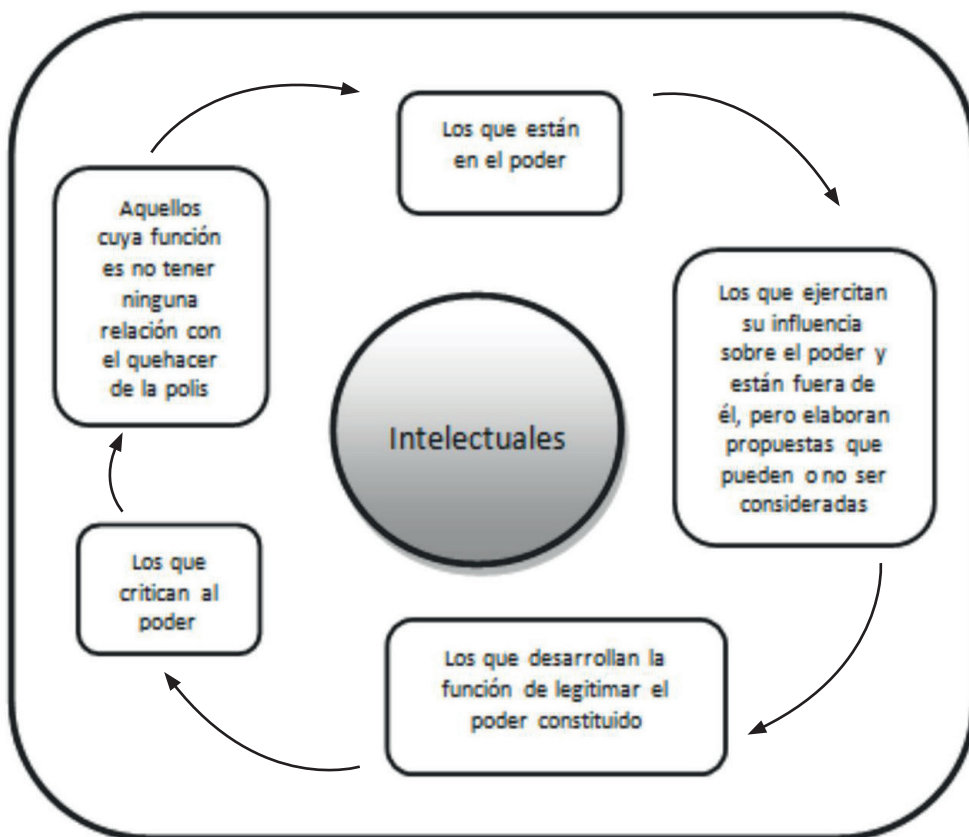


Imagen de elaboración propia a partir del libro de Laura Baca Olamendi (1998)

Debemos tener presente que el conocimiento es una operación de interacción, mediación y coordinación; a través de ello, las personas producimos. El conocimiento es una tarea indispensable para el hombre y hace parte del desarrollo integral del individuo; su origen se ha convertido en un pilar para muchas personas y ha generado espacios de discusión a lo largo de la historia, donde se han presentado distintas formas para darle explicación.

4. Actores sociales

A lo largo del tiempo, hemos sido testigos de la necesidad de cambios sociales que impliquen un mejor estatus, que permitan igualdad de oportunidades de desarrollo para todos, uno en el que la educación, el acceso a la salud, al empleo y a un medio ambiente sano sean una realidad y no una aspiración.

Para generar esas condiciones, es necesario tener información, conocimiento y ver la realidad a partir del pensamiento crítico. Así pues, los retos del pensamiento crítico tienen que orientarse hacia reflexiones básicas que permitan encontrar respuestas teóricas

y prácticas lo más aproximadamente posibles a la realidad, con el objetivo de transformar el entorno social inmediato.

De ahí que debemos tener presente lo siguiente:

... desde los clásicos griegos, los intelectuales existen como críticos o como defensores del *statu quo*. Es hasta el siglo xx cuando aparece el intelectual revolucionario en términos marxistas, que no sólo quiere explicar su sociedad, sino algo mucho más importante: transformarla. (Careaga, 1980, p. 11)

Dice Sertillanges:

La vocación intelectual, en sentido estricto, es lo contrario de la acción; la vida contemplativa y la vida activa siempre han estado opuestas como surgimiento de mentalidades y aspiraciones contrarias. La contemplación es recogimiento, la acción es expansión, desgaste... (Sertillanges, 2007, p. 47)

No obstante, esa es una visión que se ha quedado en el pasado, en el papel que anteriormente tenía el intelectual, ese que conocimos o nos dibujaron, el que solo aporta ideas y asesora al hombre o mujer de poder.

Dice Ochoa Bilbao (2008) que, en los últimos treinta años, hemos sido testigos del reposicionamiento de los intelectuales ante la opinión pública. Esto podría explicarse a partir de las siguientes hipótesis:

1. El fortalecimiento de la labor académica y su diversificación, debido al auge de las instituciones privadas de educación superior y, por ende, el crecimiento del prestigio de los intelectuales que, en México, ya gozaban de cierto grado de aceptación social.
2. Los pasos sociales hacia un nuevo marco de convivencia política con rasgos de democratización o, al menos, la descomposición del autoritarismo posrevolucionario.
3. El impulso a la competencia entre los medios masivos de comunicación desde la década del noventa (con la privatización del canal estatal mexicano y con la llegada de la televisión vía satélite y vía cable), que los ha obligado a ofrecer productos informativos y culturales con mejor calidad, aunque sigan sosteniéndose en lo que se denomina «telebasura».
4. El beneficio económico que le significa a los intelectuales participar en la radio y la televisión, incorporándose al debate público y ofreciendo sus conocimientos como especialistas en distintos temas. (Ochoa Bilbao, 2008, p. 69)

En esta tesitura, hay que tener en claro que «el desarrollo de los intelectuales depende del desarrollo social del medio ambiente; su naturaleza varía de una cultura a otra, y depende de los conductos a través de los cuales la inteligencia elige las funciones de la sociedad» (Careaga, 1980, p. 15).

Desde este particular punto de vista, podemos hacer la siguiente afirmación, como sostiene Careaga:

A los intelectuales se les puede clasificar en dos grupos: por un lado, estarían los que ejercen funciones técnicas y de consejo dentro de las burocracias; por otro lado, los que no pertenecen a ningún organismo público. Los intelectuales independientes (...) pueden seguir firmes en sus ideologías y formular políticas críticas. (Careaga, 1980, p. 20)

Es aquí donde se coincide con Ochoa Bilbao, quien afirma que el intelectual mexicano se convierte, día a día, en una figura familiar y necesaria para la opinión pública. Ya sea en el debate o mediante los ejercicios de divulgación y difusión, varios intelectuales contribuyen a reforzar la idea, antes expresada, de ampliar el tamaño de las aulas escolares y universitarias (Ochoa Bilbao, 2008).

De ahí la relevancia que tiene un intelectual como agente transformador de su entorno, su responsabilidad es destacada, pero también puede ser un agente que ayude a limitar las transformaciones necesarias para una sociedad. En este sentido, hay que tener presente que «cuando un intelectual interviene dentro del sistema político, su situación se puede tornar peligrosa, porque se convierte en un ideólogo, que puede defender y justificar un *statu quo* que sea agresivo e irracional» (Careaga, 1980, p. 18).

Debe ser un analista duro, incluso destructivo, porque, como afirma Careaga, ser «constructivo dentro del actual contexto histórico es consentir que continúe precisamente aquello que deberíamos combatir» (Careaga, 1980, p. 21). Es decir, aportar ideas, hacer formulaciones, presentar contraargumentos lo más lúcidos posibles sobre la realidad del poder en el contexto local, nacional o mundial.

5. Conclusiones

En su papel de actor aportador de ideas, análisis y actor social, el intelectual debe criticar como intelectual político. De esta forma, es necesario que quede claro para el investigador que, en su papel de intelectual, debe ser más bien un crítico del poder, construir a la transformación del *statu quo* y mover el *establishment* de su momento.

Los intelectuales, desde la academia, en las aulas o fuera de ellas, desde su participación en la *mass media*, tienen la tarea de promover el pensamiento crítico, analítico-reflexivo, propositivo, analizar el presente y proyectar nuevos escenarios. Pero también las nuevas generaciones de intelectuales tienen el reto de adecuarse a los tiempos que vivimos, pues el escenario social y mediático es diferente al del pasado: hoy existen las herramientas necesarias para hacer más sencilla esta labor; la utilización de las redes sociales juega un papel relevante en dicha tarea.

La pandemia de COVID-19 no solo permitió potenciar las plataformas de comunicación, también nos llevó a descubrir el papel que pueden tener las redes sociales para divulgar no solo noticias, sino eventos de carácter social, posicionamientos políticos, denuncias ciudadanas, campañas políticas, tal como lo dijo el presidente López Obrador (2018) en su discurso la noche del triunfo electoral: «mi gratitud a las benditas redes sociales».

Si ya hace tres años se hablaba de su valor, hoy académicos e intelectuales, o ambos en uno, deben tener presente su importancia como una herramienta de divulgación del conocimiento y de transformación social. No perdamos de vista que también son un instrumento que ayuda al alumno a reforzar conocimientos.

Referencias

- Baca Olamendi, L. (1998). *Bobbio: los intelectuales y el poder*. México: Océano.
- Bourdieu, P. (2013). *Homo academicus* (traducción de Ariel Dilón). México: Siglo XXI.
- Cabrera Pantoja, B., Jongitud Zamora, J., y Hernández Apodaca, S. (2015). *Construyendo Investigaciones*. México: PaideiaMx.
- Cabrera Pantoja, B. (mayo-junio 2016). Conocimiento e investigación para la acción. *Revista Quaestionis*, 25(4).
- Cabrera Pantoja, B. (2017). ¡Santo Internet! —para investigar: busco, evalúo, cito y divulgo—. México: PaideiaMx.
- Cabrera Pantoja, B. (2018). Investigócrata: el poder de la investigación. PaideiaMx: México.
- Cabrera Pantoja, B. (mayo-junio 2019). Las letras al servicio del conocimiento. *Revista Quaestionis*, (43), 7.
- Careaga, G. (1980). *Los intelectuales y la política en México*. Extemporáneos (3.^a reimpresión). México.
- Coser, L. A. (1973). *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México: FCE.
- Descartes, R. (2010). *Discurso del método*. Madrid: Espasa Calpe.
- Larrea Abasolo, M. A. (2012). *Gestión del conocimiento y la institución universitaria una visión aupoietica*. Venezuela: RIEAC.
- León F(2000). Generadores de Conocimiento (El Filósofo en la Era del Texto Digital). *Revista A Parte Rei*. N^o. 11, p. 36.
- Lipset, S. M. (1987). *El hombre político: las bases sociales de la política*. España: Tecnos.
- López Obrador, A. M. (2018). *Palabras con motivo del triunfo electoral de 1 de julio*. Recuperado de: <https://lopezobrador.org.mx/2018/07/02/palabras-amlo-con-motivo-del-triunfo-electoral-del-1-de-julio/> (Fecha de consulta: 12 de octubre de 2021).
- Ochoa Bilbao, L. (2008). Intelectuales, educación y difusión del conocimiento en México. *Revista de lenguaje y cultura*, (13)19, 42.
- Sertillanges, A. D. (2007). *La vida intelectual* (3.^a ed., traducción de Cecilia Pereira y Carlos A. Dual). México: Porrúa.
- Ruiz Gómez, L. (2011). La mente animal. De Aristóteles y el aristotelismo árabe y latino a la filosofía contemporánea. *Diánoia*, 56(66), 195-200. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-24502011000100009&lng=es&tlng=es. (Fecha de consulta: 12 de octubre de 2021)
- Tobón, S. (2005). *Formación Basada en Competencias. Pensamiento Complejo. Diseño Curricular y Didáctico*. Colombia: Editorial ECOE.
- Traverso, E. (2014). *¿Qué fue de los intelectuales?* Argentina: Siglo XXI editores.

Zubuzarreta, A. F. (1998). *La aventura del trabajo intelectual. Cómo estudiar e investigar*. México: Pearson.